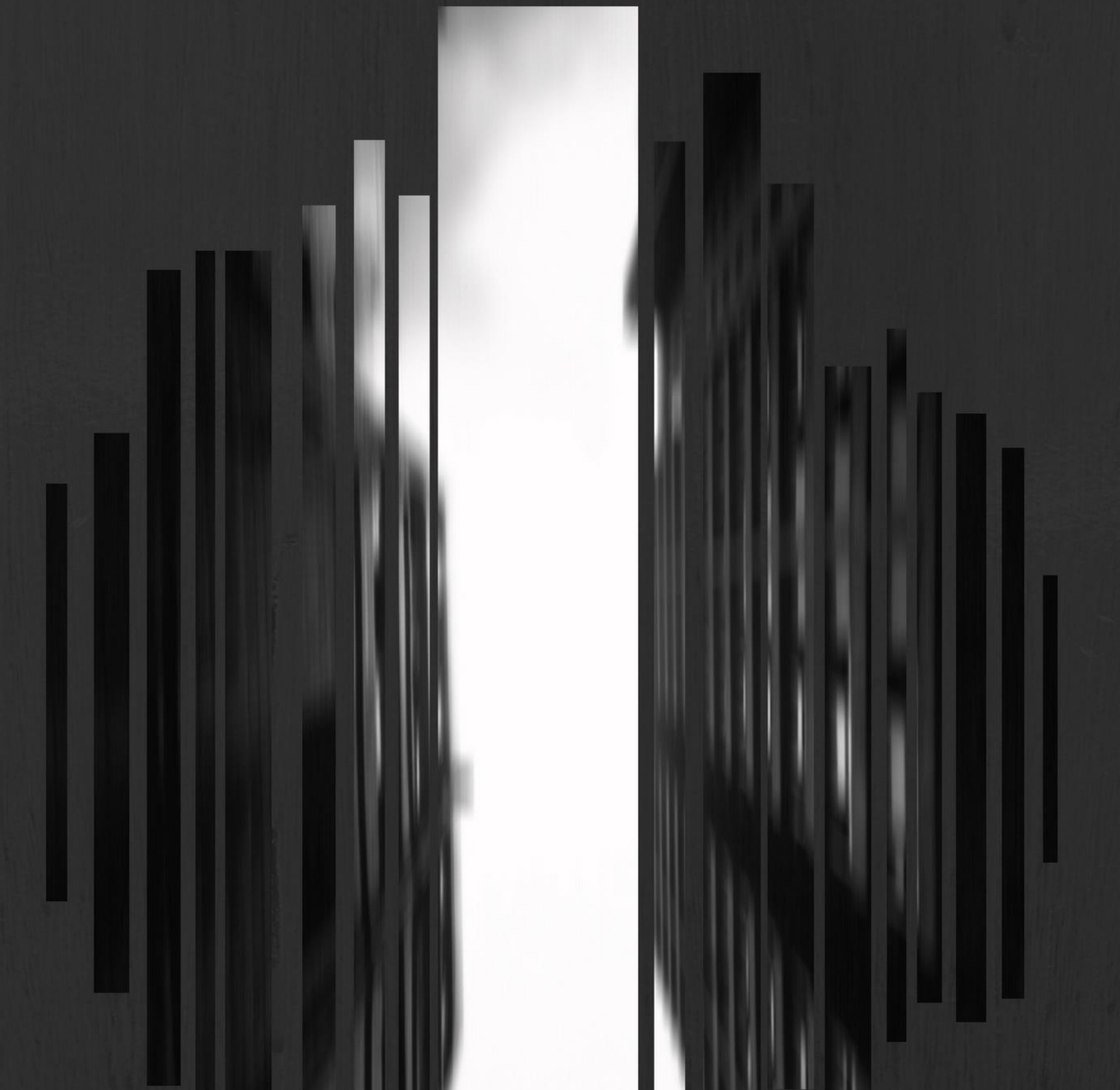
CANTOS VERTICALES



CANTOS

VERTICALES

KHAR ASBEEL

A Mayra Gonzales

por todo lo vivido juntos

CANTO I

Vertical

cae la decapitación

de mi canto incierto

sobre el relumbre

de praderas fragmentadas

Cae

(sigue cayendo)

Elevo una elegía

a mi polvo disperso,

oración de mutismo gris

que no encuentra

el límite de su contorno.

Cae

(sigue cayendo)

Vertical

se desliza la palidez

del silencio.

Le canto

a mi muerte.

CANTO II

¿Qué es aquello

que duele tan adentro,

donde el miedo nace

y el corazón se pudre?

(Y el silencio crece, insolente)

¿Un grito largo tiempo encapsulado?

¿Un odio enclaustrado y fermentado?

¿Un dios muerto de olvido frio?

(Y el silencio llena lo huecos extraviados)

¿Qué es aquello

que duele tanto,

tan adentro?

La herida tiene un gusto vertical

de sangre ajena,

de crepúsculos hendidos

en tierras de viento y cal

y soledades de manos rotas.

(Y el silencio se amalgama con las sombras)

¿Qué es aquello

que duele tanto,

con tanto encono?

¿La vida?

¿La muerte?

¿La locura?

(Y el silencio cubrió todo cuando me di cuenta que ya estaba muerto)

CANTO III

El horizonte retumba

de tristezas,

tristezas afiladas,

tristezas mudas,

tristezas frías,

que se alargan

en tus pupilas

y se enraízan

en tus venas

hasta volverte también

horizonte

y silencio

y tristeza.

CANTO IV

Ingenuamente,

creemos guardar

todos los amaneceres

en los bolsillos,

pero solo acumulamos

crepúsculos

(amaneceres muertos

corrompidos y enfangados)

Nos empapamos

de noches inconclusas,

de sombras lucidas

y luces amargas

y al final

nos espantamos

de la ausencia de sol.

CANTO V

El corte vertical

parte en dos

la burla que enarbola

la careta de mi alma.

Me asusta verme desnudo.

Adán en su paraíso

de inmundicias.

El viento es frio

pero no mueve la hierba.

¿Quién es?

Eva incestando con el miedo.

Dios oculto tras el árbol de la serpiente….

¿Se masturba?

Fuimos expulsados

por despojar a la inocencia

de sus velos,

copular con ella,

preñarla de nuestra rabia.

El corte vertical

me divide en dos,

multiplica el dolor,

hidra de mil cabezas

y ningún ojo.

Estoy desnudo y tengo miedo,

la serpiente repta entre mis piernas

y Eva no aparece.

Ella está con Dios

y la hierba

nuevamente se mece.

CANTO VI

Se me desdoblan los ojos

en espacios ilimitados,

horizontes verticales

emponzoñados de vértigo,

dédalo de ángulos cíclicos

calles vacías de sueño

me llevan en alas de su despecho

hacia los cielos más helados

donde todo canto muere,

donde toda muerte nace.

CANTO VII

Hay que remontar,

abrir las alas sobre este horizonte

de dureza vertical,

escapar de lo que somos,

olvidar lo que fuimos,

llenarnos de la libertad del aire

(de su vacío sin sueño)

confundirnos con el cielo más lejano

y llorar lágrimas sin tiempo

hasta que se nos vacíen los ojos

y en su lugar

florezcan estrellas.

CANTO VIII

Reticencias.

Angustias quebradas.

Manos y pies sobre la arena

del mar más solitario.

Fiebres.

Ojos sin rumbo.

Sinfonía de huesos rotos

sobre llanuras bíblicas.

Espasmos.

Un grito vertical.

Desplome de alas ciegas

entre vientos afilados.

Silencio.

CANTO IX

Cae

cae

cae.

El cielo muerde,

el cielo arde,

el cielo no es seguro.

El sol reseca

cualquier esperanza,

blanquea lo huesos

de tus sueños extraviados.

No hay en que creer,

solo entregarse a manos

del vértigo

nos da sustancia.

Cae

cae

cae.

El infierno espera,

el infierno brilla,

el infierno no es eterno.

La tierra estéril

engendra soledades

y solo sirve

para albergar tumbas.

El tiempo se nos agotó,

pisamos los umbrales

de una eternidad amarga.

Cae

cae

cae

Sigue cayendo.

El vacío te aguarda,

circular y perpetuo.

CANTO X

No queda más

que contemplar

el vacío que deja mi grito

en la matriz

de este silencio mutuo

(tu silencio, mi silencio)

hueco con sapidez

a un viento vertical

y efímero

que se llena

-desbordante-

con un hervor

de murmullos translucidos,

un desplome de cristales tenues,

ingrávidos,

(¿retazos prófugos de un suspiro clandestino?)

sobre la intimidad

de un instante concreto.

Pero el momento pasa,

fenece en la orfandad

de nuestras manos,

en el helor de las pupilas

y el vacío

vuelve a extenderse

-duro, inclemente-

y trazamos

un destino vertical

donde no hay espacio

para un último grito

pues todo reboza

de vacío

vacío

vacío

CANTO XI

No encuentro espacio

en el albor helado

de este vacío draconiano

dónde hospedar

la herida de mi voz.

(voz herida - herida voz)

El cielo es demasiado frio

en su perfección horizontal

y el quieto furor de mi sangre

trazas líneas temblorosas

de dolor vertical

(la blancura se rompe en mosaicos

y todo silencio se hace más agudo)

CANTO XII

El horizonte

se extiende como un grito,

un filo de persistencia suicida

que llena mis ojos

de un ansia tremolante

vertical

desfallecida

estrépito de cenizas,

alas de fragor quebrado

en caída libre

hacia una capitulación

contumaz

inacabable

hacia la última heredad.

CANTO XIII

Sigo aquí, extraviado,

en este desierto

de dureza vertical,

extenso,

inmenso,

concavado

como la eternidad

donde se desterró el tiempo,

donde duerme el silencio,

donde la luz se esconde

en cada pliegue.

No hay muros,

no hay puertas,

no hay fosos,

pero, aun así,

sigo perdido,

ciego de tanto vacío

en este laberinto rígido

de terca monotonía.

CANTO XIV

I

Se me esconde la luz

dejándome una herencia de frio

para sepultarla

en el seco erial

donde guarde tu recuerdo

II

Se me esconde la luz,

me entrega, impía,

a una angustia ciega,

un dolor vertical

que no encuentra reposo

III

Se me esconde la luz,

huye, egoísta,

en un exilio sin estela,

dejando solo él relumbre

de su sonrisa burlona

CANTO XV

Miro el canto

abrir la herida vertical

sobre la dermis escoriada

del misterio

atenazado

a los jirones

de mi alma amedrentada.

Muero de hastió

sobre las manos del horizonte.

CANTO XVI

Pasa

el vendaval de alas negras

que ensombrece

mi huerta sin frutos.

Cavo mi tumba

en el rincón

donde sembré mi esperanza,

en donde nunca

floreció.

Muero

sin prisas y sin pausas,

derramando

mi odio y mi tedio

sobre un crepúsculo

vertical.

CANTO XVII

Más allá

de este desierto cíclico,

floresta de espejismos seculares…

¿Existirá el ansiado oasis

donde calmar la arcana sed

que hiere mis labios?

El polvo gana espacio al viento.

La sequía anida bajo la piel.

CANTO XVIII

Juego angustioso

este mirar a través de la herida

que nos deja el sesgo del tiempo,

nigromancia onanista

que no revela ningún futuro,

y solo nos impregna

con la única verdad

que entraña este Delfos:

La certeza de la Muerte.

(La sangre huye,

vertical

entre las líneas

de este canto herético)

CANTO XIX

En un cuenco ennegrecido de rencores

deposito el último mendrugo

de lo que fue mi corazón.

No lo necesito.

¿Para qué?

No me sirvió más que

para albergar angustias,

fermentar odios,

acunar tristezas,

engendrar la Muerte.

Ahí dejo mi corazón,

ya no lo necesito.

¿Para qué?

En la tumba

nadie escuchara su latido.

CANTO XX

Te siento fría

mía

lejana

tan

lejana

como la estrella más solitaria

en el rincón más triste del cielo.

Quisiera ser también astro

y remontarme

a la órbita de tu amargura,

compartiendo tu dolor circular,

destilándolo en un brillo vertical:

El grito de un sol moribundo.

Pero no puedo

eres tan fría

ciega

lejana

tan

lejana

CANTO XXI

Quiero caer
en la verticalidad de tu vientre
de tus piernas
de tus ojos.

Quiero perderme
en la blancura de tus dunas,
en tu paisaje de llamas quietas
duras
frías.

Quiero dibujar mi silueta
junto a la tuya,
en la arena sin tiempo,

para que la arrastre

la caricia del mar,

hasta el fondo

de su letargo.

CANTO XXII

Enumero,

los gritos verticales

de todos mis dioses rotos,

el desplome

de mi última inquietud,

tumbas huecas

sobre la dureza del horizonte.

Todo huele ahora a silencio,

a cenizas y a silencio.

Mis manos desnudas de pecado

persiguen el extravió

de la fruta edénica,

decrepitas de tanto delinear quimeras

en la ferocidad de enjambres de gritos rotos.

Y se pierden,

allá, donde se arremolina el silencio.

Todo cae bajo el peso de su último delirio.

CANTO XXIII

No culpemos al polvo

por su mueca profética.

No culpemos al viento

por el rencor con que muerde.

No culpemos al silencio

por guardar tantos secretos.

No culpemos a la sangre

por su galope enloquecido.

No culpemos a la carne

por la debilidad de nuestro espíritu.

No culpemos a la Muerte

por nuestro destino vertical.

CANTO XXIV

Y al final

todo cae

en un toque elíptico

que gravita

entre constelaciones amargas,

ajenas a toda redención

y que nos entrega

-viles despojos-

a un paraíso

de falsedad vertical.

(La voz se apacigua, muda de tanto vacío)

CANTO XXV

Me he detenido

en el filo del crepúsculo

para preguntar

a la quietud del viento

cuál será el fin

de mi verticalidad

pero el silencio,

en su suave estruendo,

llena cada hueco de mi fuga

y me instaura en un canto fijo

donde, en horizontes circulares,

nunca veré la culminación

de mi último grito.

CANTO XXVI

Deja caer el grito

en la soledad vertical

que ignora los ángulos

de todo horizonte.

Deja manos y ojos

en el abandono más intimo

para renacer

en un pétalo del viento.

Deja tu canto

a la herencia del eco

donde enraizara

en un testamento petrificado.

Deja que tu sueño

se mesa en los parpados

de la luna decapitada

donde el frio es más puro.

Deja que tu muerte

renazca en otro silencio,

donde hallaré reposo

en la amargura de otros labios.

CANTO XXVII

Esqueletos de hierro,

jaulas de cristal,

arcas de paranoias,

sepulcros de esperanzas.

La luz se esconde

ante el espejo de la discordia.

Soles artificiales,

gélidos halos infecundos.

Laberinto sin puertas

del que nadie quiere escapar.

Manicomio sin cerrojos,

esquizofrenias en los bolsillos,

exiliados enraizados.

Mil miríadas de alienados

chocando en un juego absurdo.

Muertos de hambre
en tierras de abundancia.
Placeres en cada esquina,
huecos nunca llenados,
aire envenenado,
aguas amargas,
humo y estruendo,
fragua de la decadencia,
murmullo incesante,
dolor enclaustrado,
dioses viciosos y famélicos,
gritos verticales,
la gloria de la confusión,
donde a nadie le interesa
alcanzar el cielo.

CANTO XXVIII

El aire se duerme

bajo mis manos quietas,

humedecidas

en un silencio maternal.

(No hay más que el redoble de mi sangre

en este instante sacramental)

El sol cae vertical

sobre un horizonte líquido,

embriagado de tonos rojos,

arropándome en tintas mortuorias

con que las que transcribo mi angustia enfebrecida.

(Porque no hay más herencia

que la de la tumba abierta)

¿Dónde estará la luz

que me prometió el primer día?

No queda más que la tibieza

de este aire dormido

que bebo poco a poco

para llenarme de su paz

y olvidar mi nombre,

mis polvos y mis labios.

(¿Qué silencio es más pesado

que el edificado entre dos voces?)

La noche de despliega, temblorosa,

sobre almas y pecados

y yo me entrego a su rigor

con la ciega nostalgia

de la cuna perdida y recobrada.

CANTO XXIX

Enmudecida la sangre,

mi sino se precipita

en un talud de rumores herrumbrados.

Ciego soy al temblor de mis manos.

Dibujando fantasmas sobre los muros,

las horas mueren de abulia

tras el helor mis pupilas.

El tiempo es un marjal de ansias muertas.

Sepulto entre las grietas,

la nostalgia de los espejos

y las promesas verticales del viento.

La noche me trae paz de mausoleo.

CANTO XXX

En las habitaciones de mi mente

se hospeda el fantasma de tu ausencia.

Guardo en la esquina de mi ojo izquierdo

el eco de tu último grito

y en la piel tatué con frio

el trazo del roce postrer.

Paseo entre mis ruinas murmurantes

la amargura de mi sombra, ya nunca compartida,

que se alarga, vertical, sobre el gañido

de un viento sepulcral y lapidario.

CANTO XXXI

Una lagrima

cae de la luna,

un filo argentino

desgarrando la nostalgia.

En alguna parte

alguien muere,

alguien nace.

¿Esto es superstición

o el amargo gusto

de lo inevitable?

Muero un poco hoy

como lo hice ayer.

La verticalidad me devora

y llena mis ojos de noches,

teñidas de quebrantos y silencios

donde ni mis manos me responden.

La luna se oculta

avergonzada

y me deja solo,

petrificado.

CANTO XXXII

¿Qué hay detrás de tus ojos?

¿Por qué me da miedo saberlo?

Tantos años

compartimos piel y tiempo

y aun no conozco

el límite de tu sombra

ni el código silencioso

de tus manos.

¿Por qué aún te amo

cuando mi corazón es pasto

de las piedras

y ni mi nombre recuerdo?

¿Por qué aun habitas

mis gritos y mi sangre?

Me encuentro más en ti

que en mis temblores,

entregándome al desespero

de un canto vertical.

CANTO XXXIII

Te soñaré

tras el rigor

de mi última muerte

encontrándome

en esas arenas blanquecidas

donde casa sueño muere

y el tiempo se extiende enmudecido

en un horizonte vertical.

Siento…

muy dentro de mi grito

la equimosis simple

de este veneno.

CANTO XXXIV

Delicado,

el grito del trueno,

temblando,

bajo la piel anida

el dolor,

el cansancio,

empozado

inmensurable,

compartido

con la apatía

de los gusanos

CANTO XXXV

Transmutaciones áureas,

almas tejidas en la piel.

Todo cambia.

Todo permanece,

en otras caras, en otros tiempos.

Manantiales de luz

anegan minutos insomnes.

Todo vive.

Todo muere

en otros ojos, en otros poemas

CANTO XXXVI

La santidad del silencio

solo debe quebrantarse

por el murmullo

suave, amable,

de la Muerte.

Desnuda tus manos,

libera tus ojos,

entrégate a la pureza

del último grito.

¡Inmólate!

La vejez, la novedad,

todo termina

en el instante que todo importa,

que siempre indulta.

El silencio,

en círculos estrechos,

desgajara tu alma

hasta que solo quede la beatitud del frio.

CANTO XXXVII

El precio del sueño

es el ojo vacío

que cae exánime

en espirales frías y eternas.

La sangre se oscurece

en oleadas impasibles

-el pulso de la tumba-

deteniéndose

en la afonía lúgubre

del aliento contenido.

La luna se llena de frio,

la sima del ojo

abismada en la densidad

del letargo esférico

que extravió su arista

en el sosiego necrótico del tiempo.

CANTO XXXVIII

Bajo el puño

sueños rotos.

El cielo muere

en la angustia de los ojos.

No hay retorno.

La tumba llama.

Llanto sordo.

Redoble de campanas

Soledad.

La mentira en cada ángulo.

Falsa piel sobre el espejo.

Tu nombre está vacío.

En las sombras abro los ojos.

El amparo de la Muerte.

Silencio ilimitado.

CANTO XXXIX

Blanco sobre rojo.

El cielo se adoquina de quimeras.

Un trazo desciende

de la primera estrella

como la cuerda de un suicida.

Mi sombra pende fría de la luna.

Blanco sobre rojo.

El silencio se extiende horizontal

envolviendo las últimas espinas

que crecen bajo la piel

antes de pintar la agonía

de rojo sobre blanco.

CANTO XL

Fuego ciego.

Un miedo repta

sobre pieles frías.

No puedo nacer

en otros ojos,

me han clausurado

en un nombre ajeno.

Padezco, enmudecido,

la verticalidad de mi carne,

esperando el signo

que libere el tiempo

de su círculo cortante.

No muero,

aunque lo anhele,

el fuego se hospeda

en mis ojos

y me transmuta en rescoldo,

en un grito que enarbola

la más agria monotonía.

CANTO XLI

Canto

a la amplitud del cielo abierto,

al filo del viento amargo,

al dolor de la tierra inconclusa.

Lloro

sobre mis manos y las tuyas,

el venero rígido y heredado,

cimentado en piedra y humo.

Ciudad,

enjambre de alaridos,

locuras envaradas, miasmáticas y acres,

que invitan morir deprisa.

Silencio

que nos traen cláusulas suicidas

para perder ojos y labios

en mentiras cómplices.

CANTO XLII

Pensando en ti cada día,

bajo la estrella más amarga

y el sol más oscurecido,

perdiendo un poco de mi vida,

hurgando en viejas heridas

donde tu recuerdo anida.

CANTO XLIII

La tarde llega

vertical

y empalidecida

sobre el espanto

de la ciudad

que no conoce

la extensión

de su congoja

y aun aguarda

la satisfacción

de la última bomba.

CANTO XLIV

Te soñaré

tras el rigor

de mi última muerte

encontrándome

en esas arenas blanquecinas

frías de tanto silencio

donde cada sueño fenece

y el tiempo se extiende

enmudecido

en un horizonte vertical.

CANTO XLV

Transitamos nuestro intimo circulo,

prisioneros de la piel,

ignorando los gritos de las manos

(ansias tristes de lo no creado).

Olvidamos la curvatura de los ojos

en el filo del terco horizonte.

Podemos sentir mil vidas

en nuestro destino vertical

y ni aun así descifraremos

el enigma petrificado

de nuestra mortalidad.

CANTO XLVI

Odios acumulados

en el grito de la sangre.

La locura nos lleva

a la prisión más íntima,

la infancia empolvada

en el armario roto.

El llanto de nuestros fantasmas

retumba en las espesuras de la culpa.

Crepúsculos verticales

desmiembran todas las máscaras,

exponiendo el tremor del rostro

a la verdad desollada.

CANTO XLVII

La luz muere de cansancio,

caen copos de estrellas

en las manos.

Es imposible mirar

tras la dureza

de estas líneas

donde se afilan silencios

que mutilan los minutos

retardados.

La luz se duerme, niña,

acunada entre los ojos.

Es imposible escapar

de las síntesis rutinarias

que nos cimienta

bajo los muros

de un tedio encenagado.

La luz se pierde, se desvanece,

en estertores lejanos,

muda, imperceptible.

CANTO XLVIII

Soy mi dios enmudecido.

Soy mi pecado evidente.

Soy mi lobo cegado.

Soy mi profeta embriagado.

Soy mi cruz enferma.

Soy mi sol entelerido.

Soy mi grito emparedado.

Soy mi pan amargo.

Soy mi sangre oscurecida.

Soy mi silencio delator.

Soy mi llaga herrumbrada.

Soy mi sombra extraviada.

Soy mi sueño insepulto.

Soy mi mano ensangrentada.

Soy mi polvo expectante.

Soy mi camino inmóvil.

Soy mi muro inconstante.

Soy mi mesías emasculado.

Soy mi tumba aletargada.

Soy mi horizonte estrecho.

Soy mi fuego rencoroso.

Soy mi cielo fracturado.

Soy mi carne desvaída.

Soy mi ángel putrefacto.

Soy mi viento durmiente.

Soy mi amor estéril.

Soy mi llanto oculto.

Soy mi primera piedra.

Soy mi muerte heredada.

Soy mi canto vertical.

Esta obra fue escrita íntegramente por Juan Carlos Lozano Jiménez AKA Khar Asbeel.

Obra registrada bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

safecreative
2103027060113
INFO ABOUT RIGHTS